

# Discursos y Conferencias

Escribe: JUAN LOZANO Y LOZANO

## ELOGIO DEL LIBRO

Discurso para inaugurar la primera Feria del Libro en Bogotá. 1935.

Nos hemos sustraído por unos instantes al trajín rumoroso de la diaria faena para penetrar en este reino sosegado que habita en toda su escala de tintas y matices, la experiencia humana. Cuanto los hombres reflexionaron al través de los siglos ante el espectáculo de la vida y del mundo, ante la elación del amor y la urgencia de la lucha, ante el espacio infinito en donde palpitan las estrellas y ante el estrecho hueco en donde se depositan los cadáveres, está consignado en estas páginas que, como un vivero prodigioso, aguardan nuevas tierras en dónde germinar de nuevo.

Tiene la vida humana una génesis dolorosa que se revela en los dos actos que aseguran su continuidad interminable. Los hombres nacemos un día de un desgarramiento trágico de la entraña materna, caemos en la tierra en medio de la angustia y de la sangre, indefensos y trémulos, frutos de dolor y de amor destinados a endurecerse hasta formar un eslabón indispensable en la cadena biológica de las generaciones. También los libros nacen de un doloroso alumbramiento. Son el fruto íntimo de la vida vivida, sentida y padecida; hallan su germen en el contacto y la fusión del pensamiento con las cosas; sufren una larga gestación de tiempos; y ven la luz un día pobres proyectos de sér, desvalidos e ignotos, en medio de una oscura conmoción catstrófica del ánimo, como en la escena simbólica de Patmos.



La vida de los hombres sobre el mundo terminaría si se suspendiese el proceso de la generación biológica. Igualmente languidecería en breve tiempo hasta extinguirse, si se interrumpiese el curso de las siembras que aseguran el sustento vital de los animales racionales e irracionales. Pero una contingencia más medrosa acaecería si se estancase la producción de la inteligencia, y es que el elemento irracional, instintivo, elemental, de los seres, poco a poco prevalecería sobre la racionalidad, que es razón única de existencia de la especie humana; y el hombre volvería a ser el ciclópeo habitante paleontológico de la caverna primitiva. Es por ello inmortal el precepto árabe que impone al hombre los tres deberes primordiales de sembrar un árbol, engendrar un hijo, escribir un libro.

Porque todo libro tiene una importancia, un puesto de combate, en la lucha de la humanidad por mejorar y ennoblecerse. Cuando se habla de la bondad de los libros se piensa generalmente en las obras maestras, fruto de originales ingenios superiores; en las páginas que han marcado derroteros a la raza humana en los campos de la imaginación, de la belleza, de la filosofía, de la moral, de la ciencia, de la vida política. Se piensa en el ciego vagabundo que reveló al espíritu la lucha que por el concepto eterno de mujer sostuvieron los hombres y los dioses. Se piensa en los cuatro aldeanos inspirados que recogieron de la vida y de los labios del colonial taumaturgo divino las líneas celestes de los evangelios. Se piensa en el comediante de la legua que descubrió en el estallido de la pasión dramática y en el sosiego de las vidas claustrales, los resortes que ponen en movimiento el entero sistema del misterio del alma.

Se acepta generalmente que son libros por antonomasia el del hombre que, intuyendo un desarrollo de cien siglos de la belleza y de la ciencia, redujo el desenvolvimiento humano a líneas fundamentales y con ellas armó el edificio primordial y luminoso del Estado; el del hombre que aseguró, contra toda la evidencia del dogma y del sentido, que la tierra giraba; el del que dedujo de la caída de una manzana, la gravitación universal; el del que cambió la faz de todas las ciencias con el descubrimiento de la evolución humana; el del que, desafiando todos los poderes temporales y espirituales de la tierra, plantó para las generaciones intelectuales el estandarte del examen libre; el del francés sarcástico que enseñó a la humanidad a reír de reyes, fantasmas y magnates; el del judío tremendo que ha venido re-



volucionando todos los conceptos de dependencia humana; el del otro judío que ha mostrado al mundo la relatividad de todos los conceptos que se tuvieron por inmutables y eternos; el del moderno papa sarmentoso que estrujó el evangelio hasta exprimir el zumo que curase los males tumultuarios de la sociedad contemporánea

Grandes libros, sin duda, que abrieron horizontes al hombre entre la niebla del interés, de la pasión y del prejuicio. Pero no son ellos sino los jalones de un largo camino, cuyo pulido pavimento está formado por granos de arena, que son los libros secundarios. Es tan universalmente vario el espíritu humano, son tan infinitamente diferentes, peculiares, sorprendidas, las situaciones de la vida; hay tal capacidad de penetración en la observación vocacional; es tal la necesidad de conocimiento de la sociedad de nuestros días, por haber crecido con su volumen, sus problemas, que todo libro, por insignificante que aparezca, guarda, por lo menos, una enseñanza aprovechable. Aun en el caso inusitado de que el libro no dijese nada; aun en el caso verosímil de que contuviese una relación errónea de los hechos; aun en el caso probable de que estuviese escrito con mala fe deliberada, el caso de que un libro trate de un determinado asunto y el del que refleje un particular estado de ánimo, basta para darle un profundo interés humano; y al hombre, según el apotegma del latino, nada de lo que es humano, le puede ser extraño.

Pero el caso de los libros que genéricamente, extensivamente, podrían llamarse malos, es mínimo, frente al acervo incontable de los libros buenos. No se hable de obras que si no fundamentales, figuran sin embargo en el escalafón de grados intelectuales de las literaturas y las ciencias. Piénsese en el caso modestísimo del carpintero, que, a fuerza de unir maderos con clavos, ha tenido un día la revelación genial de que golpeando el clavo en una determinada forma, se evita que el leño pierda la cohesión silvestre de las fibras. Si el carpintero descubridor no escribe su experiencia, la humanidad de los discípulos del bethlemita seguirá persistiendo en el error de estropear la madera, con detrimento de su habilidad profesional, con pérdida económica, con contrariedad del ánimo, con sacrificio de la belleza de las cosas. Pero el carpintero comunica su experiencia, y esa experiencia forma una línea, una línea sola, de los modernos tratados de carpintería, abigarrados, todos ellos, de líneas que contienen observaciones igualmente interesantes.



Así se han formado por agregación multitudinaria e insensible de la experiencia escrita, las filosofías, las ciencias, las artes, los oficios. ¡Qué sería del hombre de hoy, si tuviese que reconstruir el mundo por su cuenta! Si tuviese que formarse por observación y por reflexión personales, en medio de los azares de la diaria lucha, una noción de la divinidad, una noción de la moral, una noción de las relaciones de convivencia, una noción de los oficios. Qué poco podría adelantar en el camino de la interpretación cósmica y de la eficiencia personal, aun suponiéndolo genial. Pero es misión de los libros establecer esta cooperación universal de la experiencia que constituye la civilización, suma de principios básicos; de la cultura, desarrollo casuístico de los principios en frente del caso humano, del bienestar, último resultado tangible de la creación intelectual.

Desde edad muy antigua observaron los hombres que el proceso de las generaciones, el aumento de la población, la disgregación geográfica de los grupos, hacían nula casi la tradición oral del conocimiento; y en esta línea de pensamiento fueron ideando maneras de transmitir a los grandes espacios y a los tiempos sucesivos, su visión de la vida, su sentimiento de las cosas. Primero elevaron grandes monumentos informes en piedras y granitos, y después les dieron formas que más o menos sugieren cuáles eran sus centros de interés primordiales. Más tarde sobre las mismas lápidas inscribieron figuras, adelante simplificadas en símbolos, que en su combinación expresaron cerebraciones coherentes. El alfabeto, venido de Fenicia, busca forma más ligera y transportable en donde inscribir el pensamiento, y en rollos de corteza de árbol aparece escrito el libro de los muertos de la región del Nilo; y en rollos de piel repulida las obras clásicas de la teogonía helénica. Después, en los albores de la edad media, se halló más adecuada la forma de paginación en volumen que ha llegado a nosotros, y los monjes empleaban su ocio o su ardor en reproducir en esas hojas las obras maestras de la antigüedad y el pensamiento de su propio tiempo. El descubrimiento de la imprenta dio, por fin al libro un carácter de universalidad que se ha extendido en los tiempos modernos en forma prodigiosa.

Así ha venido creciendo el acervo innumerable de los libros que, con ser tantos, no han logrado, sin embargo, llegar a sectores vastísimos de la población de los países, y particularmente de los países recién venidos a la vida soberana, como el nuestro.



Esta feria del libro, que es bella iniciativa de la alcaldía de Bogotá, tiene el sobresaliente propósito de acercar a una gran porción indiferente de la sociedad a la fuente vivificadora del libro. La atracción novedosa de este mercado abierto, el bajo precio de los volúmenes, el ejercicio de funciones de alta espiritualidad, como la música y la elocuencia en el recinto de la feria, crea la oportunidad de que los ciudadanos dediquen un poco de su atención y una fracción de su peculio a la contemplación del panorama deleitable que ofrece un libro abierto.

En el actual estado de la mentalidad nacional, —la mentalidad de los hombres que saben leer porque los analfabetas no han llegado a la mentalidad—, este mercado de libros tiene un particular interés para los jóvenes. Existe ahora la tendencia a creer que la juventud está inventando el mundo, que nada existe atrás de nuestra vida presente que tenga importancia intelectual, humana, social, política. Es muy oportuno que los estudiantes que con tanto interés se inclinan ahora sobre las exhibiciones de volúmenes, tengan la ocasión de salir de su ruinoso egocentrismo, y de convencerse de que todo viene de atrás, todo tiene su raíz atrás, en este proceso interminable de la vida de las ideas. Nociones que aparecen nuevas, fueron profesadas por hombres y por pueblos en las más apartadas épocas de la historia del pensamiento. En el campo de las ideas, como en la vida orgánica, nada se crea, nada se destruye, todo se transforma. Con benéfica sorpresa aprenderán muchos jóvenes en estas estanterías y sobre estos mostradores, que aun la palabra revolución se puede hallar escrita en pergamino.



## EL ARTE COLONIAL EN SANTAFE DE BOGOTA

Conferencia en el Museo de Arte Colonial. 1942.

En estas aulas, de suyo evocadoras, una mano de mujer, fina y patricia, la de Teresa Cuervo, ha convocado los restos materiales que el tiempo ha perdonado, de cuanto fue la edad genitora de la patria. Trescientos años duró la dominación española en este rincón nuestro. No podemos decir nosotros si la raza aborígen, no interferida por pueblos extraños en su desarrollo y en su actividad creadora, habría llegado con los siglos



a constituir una civilización equiparable a las hasta ahora conocidas. Es posible que, abandonados a nuestro destino, los americanos de este país, hubiésemos terminado por descubrir, conquistar, colonizar y civilizar a Europa: pero ello resta en el terreno de la mera conjetura, acaso tocada de optimismo. Lo cierto es que de lo que pudo constituir la cultura indígena no queda ahora, ni quedó al país a raíz de la conquista, traza ninguna que influyera en la organización social sucesiva: ni un código, ni un templo, ni una medicina, ni una creencia, ni una costumbre, ni una idea. Quienes nos hablan de volver a lo nuestro, a lo terrígeno, a lo autóctono, nuestros famosos indigenistas, dicen una nadería, porque nos hablan de volver a la nada.

Los arqueólogos, entre ellos el padre ilustre de Teresa Cuervo, han buscado desentrañar de los objetos de oro y de greda cocida y de las estatuas monstruosas de piedra que nos han dejado las razas vencidas, una interpretación aprovechable de su vida, de su pensamiento y de su sentimiento; pero, fuera del deleite de la especulación intelectual y fuera del atractivo de la curiosidad científica, nada han conseguido encontrar que revelase un grado muy modesto siquiera de desarrollo cultural. Los cronistas de la conquista nos dejaron noticias de carácter descriptivo e histórico acerca de lo que vieron de la sociedad indígena y de lo que oyeron de labios de los primitivos colombianos. Todo ello tiene un interés para los eruditos; y puede acaso, con el progreso de las investigaciones, llegar a dar la clave del origen del hombre americano, lo cual es bastante problemático. Mas lo que yo quiero sostener esta tarde, o recordar, porque es obvio, es que, cualquiera que hubiese sido el grado de desenvolvimiento mental y de experiencia de las cosas que el día de las conquistas alcanzaron Chibchas y Pijaos, Quimbayas y Huitotos, la tradición de su cultura se perdió definitivamente; y de su vida milenaria no queda un solo rastro en nuestra vida.

Todo lo que somos, todo lo que tenemos, todo lo que amamos, lo debemos integralmente al elemento español de nuestra raza. La civilización occidental a cuyas leyes hemos vivido sometidos por cuatrocientos años, se asentó en esta sabana con la bota de campaña de Gonzalo Jiménez de Quesada; y ese día seis de agosto de 1538, empieza nuestra historia mental. Lo que sucede en realidad es que nosotros no somos americanos, sino que somos españoles; y más hondamente españoles que los peninsulares. La sangre indígena que en las venas de algunos de nosotros com-



parece y en otros predomina, no corresponde a concepto ninguno de la vida. En cambio en nosotros se cumplió por siglos un fenómeno al cual las regiones de la península española han sido rebeldes por otros tantos siglos. Aquí en nuestra tierra se fundieron y compenetraron vascos y andaluces, castellanos y extremeños, mallorquies, astures y vizcaínos, gallegos y navarros. Un valenciano cree deberse hoy a Valencia y un catalán a Cataluña; nuestro pueblo desconoce hoy esas denominaciones y solo conoce la existencia de España. Fuera de Castilla, la América española es la sola provincia de España en donde se ignoran los dialectos y todos se entienden en el lenguaje interprovincial de los españoles.

Un colombiano amigo mío decía en días pasados a un español, también amigo mío: "Sus antepasados fueron ávidos y crueles; sus antepasados usurparon nuestro territorio a sangre y fuego; sus antepasados robaron y aniquilaron a los indios". "Mis antepasados no, respondió el español muy listamente; fueron los antepasados de usted. Los míos se quedaron en España, y yo soy el primero de mi familia que llega a estas alturas". Cuánta verdad en ese rasgo de humor, rápido y hondo. Cualquiera cosa que nosotros pensemos de los españoles, buena o mala, dolorosa o alegre, bella o trágica, es una cosa que nosotros pensamos de nosotros mismos, de nuestra gente, de nuestra lengua, de nuestra costumbre, de nuestra creencia, de nuestra idiosincrasia; es una expresión de autocrítica. Limitando un tanto la extensión de una bella frase latina que hoy se cita, podemos decir nosotros que nada de lo que es español nos es extraño. No es extraño por ello, sino para nosotros entrañable, todo este proceso histórico y cultural de tres centurias de que da testimonio este museo.

De la hispanidad hablan ahora algunos jóvenes más cándidos que listos, para identificar ese concepto con un régimen político dictatorial imperante hoy en España. Ese régimen, sobre el cual no voy a dar concepto, es evidentemente una manifestación de la hispanidad, como la revolución vencida es otro aspecto contemporáneo de la hispanidad. Todo ello es un trozo de la historia de España, dominado por características españolas. Otro episodio más importante aún de la hispanidad lo constituyó la rebelión de los españoles de América contra la opresión de los funcionarios españoles, que vino a tener por resultado la autonomía nacional de las provincias españolas de América. Antesala de esta etapa independiente de la historia hispanoameri-



cana fue el largo período de la colonia, que esta casa evoca. Trescientos años son un largo lapso, durante el cual España, a la par de las demás potencias de Europa, sufrió cambios y vicisitudes, ejerció y recibió influencias, conoció alternativamente el auge y el desastre; todo lo cual se reflejaba, a la distancia, en las colonias de América. Todo esto que aquí vemos es solo un capítulo de la grande historia de España, que es la historia nuestra.

Carlos V había ascendido al trono de España en 1520, por muerte de doña Juana la Loca, hija de los reyes católicos que habían facilitado a Colón su viaje de descubrimiento. Ese monarca alternó en el escenario de Europa con Francisco I de Francia, con Enrique VIII de Inglaterra, con el Papa León X, con los grandes príncipes italianos en cuyas cortes se había acendrado el Renacimiento en la última mitad del siglo anterior para desbordar sobre Europa; la reforma, en tanto, incubaba y se desarrollaba y triunfaba en los países anglosajones, y era difícilmente contenida en Francia. Al final del siglo XVI actuaban en la política del mundo Felipe II de España, Isabel de Inglaterra, Enrique IV de Francia. Fue aquel un siglo de grandes acontecimientos humanos en el orden intelectual, en el político, en el religioso, en el estético. Por ignorantes y rudos que en su generalidad fuesen los capitanes de aventura y los primeros mandatarios y funcionarios que se abrieron paso por nuestra selva americana, ellos no podían menos de pertenecer a su siglo, de traer consigo la visión inmediata de la vida externa que se había desarrollado en su contorno, de estar imbuídos en las ideas predominantes en su tiempo. Eran por lo demás cosmopolitas esos soldados de los tercios gloriosos, porque habían recorrido a Europa bajo las banderas de los más famosos capitanes: habían peleado en Flandes, habían escoltado el cortejo del Palio de Oro en Francia, habían orado en las capillas góticas del Sacro Imperio, habían asistido al pillaje de Roma con el condestable de Borbón. Transplantados a un territorio primitivo, crearon dentro de la pobreza de recursos materiales, y dentro de la borrosidad de su recuerdo, un pequeño mundo exterior a imagen y semejanza del que formó su ambiente, y que les era caro.

Con ellos venían, en la dualidad inseparable de la vida española, ejércitos de frailes, un poco más cultos y un poco más morales, que constituían un punto de referencia de la vida civil, y terminaban por enseñorearla. Es bien dicente el hecho de que



en el ocaso del siglo dieciocho Bogotá tenía, a más de casi todos los templos que hoy existen, ocho soberbios edificios para habitación de órdenes religiosas varoniles y cuatro para monjas. Ello en una ciudad que, según la relación de mando del virrey, don Manuel de Guirior, en 1776, constaba de 16.233 almas y 3.246 vecinos, con 1.770 casas. En medio de esta aglomeración de casas, casi todas de una sola planta, que eran en su inmensa mayoría muy modestas; y alrededor de la casa de la Audiencia y del Cabildo y de la casa de habitación de los virreyes, que no sobresalían grandemente sobre el tenor de las viviendas particulares, conventos como el de Santo Domingo, el de San Francisco, el de San Agustín, con su construcción maciza, su extensión inmensa, sus grandes salones, sus bellas arcadas, sus espaciosos corredores, sus amplias escalas de piedra, sus lucientes alfarjes hispanomoriscos, nos dan idea del predominio religioso sobre la vida civil; y forman por ello, junto con las iglesias, el núcleo de atención de quienes han estudiado entre nosotros el arte colonial.

Verdaderamente, esta revivencia del arte civil de la colonia, esta visión de lo que fue la vida de nuestra gente durante trescientos años, la vida íntima de los hombres y de los hogares; esta documentación humana sobre las ideas, los sentimientos, las preferencias, los gustos, los caprichos, las costumbres y las posibilidades de nuestros antepasados, no se había intentado jamás, antes que Teresa Cuervo la concibiera y realizara. En algunas raras casas tradicionales se han conservado muebles y objetos de uso y de arte transmitidos de generación en generación; nobles espíritus al través de la república han añadido a sus herencias de cosas familiares adquisiciones hechas al través de sus vidas con amor, con gusto y con conocimiento, y formaron colecciones de las cuales algunas se dispersaron a su muerte, tales como la inicial de don José Manuel Groot, la posterior de don Alberto Urdaneta, y la más reciente de don Arturo Quijano; y otras afortunadamente se conservan, como la que el presbítero don Carlos Umaña legó al seminario conciliar; y las dos espléndidas que forman el fondo principal de estos salones, del fallecido don Carlos Pardo y del viviente don Pablo Argáez. En ocasiones raras y fugaces, como en 1886, bajo la conducta de Alberto Urdaneta, y en 1938 cuando el cuarto centenario de Bogotá, se han hecho exhibiciones públicas de obras de arte y objetos de uso coloniales. Algunos anticuarios, en fin, han servido de vehículo para que en casas de algunas familias a la moda, se



conserven y luzcan bargueños hispano-moriscos sobre doradas consolas de tipo Luis XV; sillas cordobesas para romper la monotonía de los juegos de imitación Chippendale; arañas de cristal que proyectan sus luces sobre una mesa cubierta de vajilla y cristalería checoeslovacas. Algo muy restringido ha sido el aprecio de nuestra sociedad por los usos y costumbres de los antepasados, que por un imperativo categórico influyen en su modo de ser y en su conducta. Teresa Cuervo, al idear y lograr la realización de esta muestra pública de la vida colonial, ha contribuido a los estudios históricos, artísticos, sociológicos del país, y al acendramiento del espíritu nacional con esfuerzo que marcará un alto hito espiritual en nuestra vida futura.

Decía que la conquista española se realizó en pleno renacimiento, cuando empezaban a gobernar en Europa aquellos soberanos que incorporaron a las fisonomías de sus países las ideas, los hábitos de vida, las tendencias espirituales que durante la segunda mitad del siglo XV habían surgido o resurgido y habían llegado a su apogeo en Italia. Las guerras de Francisco I y de sus sucesores en aquella tierra privilegiada contribuyeron poderosamente a la difusión del milagro latino: y como eran aquellas guerras pugnas por la balanza del poder en Europa, entre las naciones que acababan de consolidarse y de presentarse como amenazantes potencias expansionistas, esas potencias celosas, en abigarrado kaleidoscopio de alianzas y traiciones entre ellas y el Papa y los príncipes italianos, habían seguido a los franceses a la península, a Pavía, por ejemplo, y habían sufrido la influencia inevitable de las nuevas ideas. Eran renacentistas los soldados y los frailes españoles que llegaron a nuestro territorio.

Carlos V era hijo del archiduque Felipe el Hermoso y nieto del emperador Maximiliano, de la casa de Habsburgo. Esa casa había buscado reconstruir por medios pacíficos el sueño desvanecido del sacro imperio romano, o sea la conquista del mundo que hoy intenta Hitler; y se había aliado en matrimonios ciertos con reyes y reinas, príncipes y princesas, duques y duquesas que aportaron sus países en dote al fondo común; y que aportarán, además, un voto en el consejo de electores del emperador germánico. Uno de esos matrimonios fue el del archiduque Felipe con la demente hija de los reyes de Castilla y Aragón, que habían logrado unificar el cetro de España. Carlos V de Alemania y I de España tuvo sin embargo que librar una inmensa lucha de corrupción económica para comprar, en competencia con



Francisco I y con Enrique VIII, los votos para la elección imperial. Emperador de Alemania y rey de España, se lanzó a las tremendas conquistas de su época; y como para sostener los gastos de su posición y de sus guerras el empobrecido tesoro de la pobre España no daba, ni con mucho, abasto, favoreció en todas las formas la migración de sus capitanes de aventura, en busca de oro, a las fantásticas regiones cuyo descubrimiento había sido el primer grande éxito de la unificación española, y había marcado uno de los acontecimientos cardinales del cambio de rumbo intelectual que se conoce con el nombre de Renacimiento.

Jiménez de Quesada, el más culto acaso de los conquistadores, llegó a Bogotá en 1538. En 1519 había muerto Leonardo da Vinci, el más perfecto y típico representante de la nueva mentalidad humana. En 1521 había sido herido en Pamplona Ignacio de Loyola, quien habría de fundar su orden, de tanta consecuencia en el mundo y en la América, el año mismo de la fundación formal de Bogotá, en 1539. El 31 de octubre de 1517, con ocasión de la consagración de la nueva iglesia palatina en la capital sajona Wittemburgo, el monje agustino y profesor de teología en aquella universidad, Martín Lutero, hasta entonces desconocido, fijó en la puerta las noventa y cinco tesis latinas en torno a la doctrina de la penitencia. Estos puntos de referencia nos harán juzgar las cosas que acaban de presenciar en Europa los soldados de Quesada, de Federmán y de Belalcázar. Desatada la guerra religiosa en Europa, habría correspondido a Carlos V de Alemania encabezar la rebelión contra el pasado, para consolidar el poder temporal del imperio, y realizar el sueño de la hegemonía política en el mundo, que había sido el empeño de Maximiliano, y que antes lo había sido de Carlo Magno y de Federico Barbarroja: y que, en condiciones diversas y contra otros obstáculos, ha sido después el de la filosofía alemana, el de Federico el Grande, el de Guillermo II y el de Hitler.

Pero Carlos V era nieto de los reyes católicos y respiraba el ambiente místico de España y era sinceramente religioso. Y no se atrevió a acometer la finalidad principal de la misión para la cual estaba destinado, de reconstituír contra los papas el sacro romano imperio. Así, a tiempo que fundía el oro de América en luchas tan insensatas y desesperadas como la conquista de Flandes, por mantener el imperio, y que se enfrentaba al Pontífice, y que se batía contra los príncipes católicos, desposeía al imperio de su razón natural de existir como antemural contra la



influencia de Roma; y no solo desaprovechaba el fermento protestante que hacía bullir a Europa, sino que fue el más implacable perseguidor de la Reforma. A su retiro, hacia la mitad del siglo, al monasterio de Yuste, el imperio se liquidó en sus manos. Dejó a su hermano el trono de Alemania y a su hijo Felipe II la corona de España. Este segundo Habsburgo de España, más místico y fanático aún que su padre, fue la primera fuerza inquisitorial y clerical de Europa.

Estas circunstancias, y muchas otras que sería largo enunciar siquiera, explican la situación espiritual del hombre que, como conquistador primero y como funcionario y colono luego, vino a fundar esta prolongación de España en América. Nuestros abuelos trajeron las ideas del renacimiento; pero de un renacimiento visto al través de la experiencia y de la mentalidad españolas, que fueron esencialmente antirreformistas, y, por el contrario, fanáticamente religiosas. La Compañía de Jesús, que había sido la fuerza espiritual suscitada contra el protestantismo, vino con los españoles y fundó nuestro primer núcleo de educación intelectual; el tribunal de la Inquisición, que juzgaba y castigaba la herejía consciente, destruyó cualquier rastro de superstición y brujería paganas, que hubiese quedado de las religiones aborígenes, y cualquiera veleidad religiosa de españoles y de criollos.

En la rama del arte colonial, que ahora nos ocupa, ello explica la preponderancia del arte religioso sobre el arte civil, a que atrás se ha hecho referencia. Arte que en las primeras épocas de la colonia fue una borrosa y tosca interpretación en el recuerdo de las líneas generales de la cultura renacentista, en España mezclada con la cultura arábiga. La arquitectura y la decoración y la orfebrería civil de nuestros templos siguen a la distancia en el primer siglo de la colonia esas influencias; y han sido cuidadosamente estudiadas al través de la república por hombres como José Manuel Groot, Lázaro María Girón, José María Vergara y Vergara, Pedro María Ibáñez, Alfredo Ortega, Antonio Gómez Restrepo, Roberto Pizano, Juan Crisóstomo García, Gustavo Santos, Guillermo Hernández de Alba, Luis Alberto Acuña. Falta acometer el estudio del arte en la vida civil de aquel período.

Pero estos rápidos recuerdos históricos del ambiente que habían vivido en Europa los conquistadores y primeros pobla-



dores españoles, sirven también para aclarar un concepto fundamental en esta disertación. La colonia no es, como estamos habituados a mirarla, un todo homogéneo. Nosotros vemos hoy un monumento o un objeto anterior a la revolución y no averiguamos su fecha ni su estilo; el arte colonial nos aparece como una entidad que hubiese surgido completa, de una vez por todas, de algún catálogo de mercancías contemporáneas. Y así el alfarje mudéjar nos parece gemelo del abigarrado conjunto plateresco de los altares que protege; el arcón castellano y el bargueño mozárabe los creemos hechos para iluminarse con la luz de las arañas de Baccarat Luis XV; las sillas frailunas de cuero de Córdoba las juzgamos parte coherente de los mobiliarios de pata de águila del tiempo de Felipe V, y aun de los espejos entre columnas y de los sofás de rollo, de tipos Directorio e Imperio que vinieron al país cuando la revolución rompió el privilegio mercantil de España, y las aduanas se abrieron a las mercancías francesas e inglesas; los espejos venecianos nos parecen contemporáneos o afines a las esculturas quiteñas de madera policromada.

Y ello no es así. La colonia duró trescientos años, y durante ese lapso las costumbres, el arte, la vida, evolucionaron en España y en Europa, se interinfluyeron, produjeron transformaciones completas, acciones y reacciones, que, siempre a la distancia, e interpretadas con los medios materiales de que disponían los pobladores, se reflejan en nuestra nación y en nuestra urbe principalmente. Si os he detenido en el recuerdo de las corrientes y de los sucesos que poblaban el ambiente europeo en los tiempos de Carlos V, cuando Diego de Siloe acometía la construcción de la catedral de Granada y Covarrubias proyectaba la portada del Alcázar de Toledo, o en los tiempos de Felipe II, cuando, de acuerdo con los planos de Vignola, Juan de Toledo daba principio a la edificación del Escorial en 1563, ello es para hacer notar la diferencia de aquella época con las siguientes, como concepción general del arte y de la vida. El siglo XVII presencia el ascenso y el predominio del barroco, bajo nuevas condiciones económicas, sociales y políticas; y en España, Churriguera y sus dos hijos, arquitectos de Salamanca, que vivieron entre 1599 y 1667, traducen al español las concepciones ornamentales del caballero Bernini y de su contemporáneo y émulo Borromini. En el siglo XVIII Francia va a la cabeza de la moda en Europa, y el mundo se alumbra al resplandor de las cortes



de los Luises; el despliegue en la vida doméstica adquiere una importancia inusitada; y España, por circunstancias particulares, sigue más de cerca que ninguna otra nación a Francia, y manda con sus funcionarios y comerciantes a ultramar casi todos los muebles y objetos y trajes que consideramos más característicos de la colonia: estos sillones retorcidos, en rojo y oro; estas arañas de brazos múltiples fabricadas en Francia; estos espejos enmarcados también en espejo, en forma de corazón, de tipo veneciano; estas levitas galoneadas en oro, sin cuello, ceñidas en el busto y amplias de faldas, con que aparecen retratados, blanca la peluca y el tricornio en la mano, bajo su escudo de armas, nuestros dieciocho virreyes.

Todo esto que consideramos más entrañablemente colonial, es lo más cercano a nosotros; se producía en el exterior cuando en el interior de las inteligencias se desmoronaba y derrumbaba el concepto de que ellas parecen exteriorizaciones. Ya en 1781, año en que en Santafé se inauguraba el templo de La Tercera, una mujer del pueblo había roto y pisoteado en el Socorro el edicto de impuestos del visitador Gutiérrez de Piñeros; esto sucedía cinco años antes de la revolución francesa, y constituía un síntoma del fermento universal que, contra un opresor orden de cosas, incubaba en las almas. En 1794 Nariño hacía circular clandestinamente, en un círculo de personas que sin duda consideraba mentalmente preparadas para la revolución, una hoja impresa con la traducción de "Los derechos del hombre y del ciudadano", y el precursor empezaba con ese acto su calvario por la libertad. En 1810, por un motivo baladí, que más que un motivo podría creerse un pretexto, estallaba en Santafé el movimiento del 20 de julio. De esas últimas épocas de un orden que se desmoronaba aquí como en el mundo, data el mayor esplendor de lo que típicamente creemos la colonia. En esas décadas se construyeron los dos mejores edificios civiles de la ciudad, que hoy nos aparecen como entrañablemente coloniales: la Casa de Moneda y la residencia hidalga del marqués de San Jorge. El arzobispo virrey, Caballero y Góngora, hombre de fino gusto, había traído por entonces las más valiosas joyas de arte y mueblería que jamás hayan llegado a nuestro país; el virrey Ezpeleta, hombre de mundo, había traído consigo mobiliarios y tapiques de los cuales son muestra el lecho que luce en este museo colonial y probablemente el juego de salón que hoy se encuentra en el Palacio de la Carrera.



Volviendo un siglo atrás, en el último año del siglo XVII ocurrió la esperada muerte del rey Carlos II el Hechizado, último de los reyes de la dinastía austríaca; y el fallecimiento de este sujeto imbécil precipitó el problema que venía debatiéndose en Europa. No tenía herederos Carlos II y la sucesión del trono tenía que recaer en algún pariente lejano. Sus dos hermanas se habían casado una con Luis XIII y otra con el emperador Leopoldo. España era el más vasto imperio del mundo todavía; y no era indiferente para los monarcas de Europa, ni para sus Estados, quien ocupara su trono. Carlos había cedido finalmente a la influencia francesa y había legado en su testamento el trono a un nieto de Luis XIV y biznieto de Luis XIII, su cuñado, de nombre Felipe, en vez de preferir al archiduque de Austria, don Carlos. No es el caso de mencionar los incidentes de la guerra de sucesión española: ella era indispensable, dado el criterio de balanza del poder que predominaba en el derecho internacional europeo. España había establecido el monopolio del comercio con sus colonias de América: el cual monopolio sin embargo, era poco efectivo por causa del bucanerismo favorecido extraordinariamente por la corona inglesa, y conducido por ingleses y holandeses; y en todo caso por el contrabando. La intromisión de los Borbones en las cosas de España aseguraba para Francia un tremendo desarrollo comercial. La guerra terminó con la paz de compromiso de Utrecht, en 1713. Y en todo caso, desde principios de ese siglo un francés de la corte de Luis XIV, Felipe V, inició en España la dinastía que solo recientemente ha terminado con Alfonso XIII.

Estos incidentes tienen estrecha relación con nuestra historia. La corte española se afrancesó con Felipe V, a quien su abuelo Luis XIV había dicho al aceptar el testamento de Carlos II, delante de la corte: "Sé un buen español; ese es tu primer deber: pero recuerda siempre que eres un francés de nacimiento, para que en esta forma la unión entre las dos naciones se preserve". Así empieza con el siglo XVIII la influencia decisiva de las ideas y de la industria artística de Francia en nuestro pueblo. Y hay que hacer notar que esta transformación que, por la poca aceptación inicial de la nueva dinastía, se limitó en España a la Corte y a sectores de la aristocracia, dejando intocado casi el hábito suntuario del pueblo y de la sociedad, en nuestras pobres ciudades, en cambio, tomó general carta de naturaleza por intermedio del funcionarismo, en todo tiempo y lugar más apegado al gobierno que al pueblo.



A diversas influencias de orden internacional obedecen, pues, las diversas etapas del arte colonial entre nosotros; el cual, sin embargo, con componerse de tan heterogéneos elementos toma entre nosotros la vitalidad casi homogénea de las cosas vividas. A fuerza de mezclarse en templos, conventos, casas de gobierno y habitaciones particulares, muebles y objetos de arte de diversas procedencias y de los más opuestos estilos, han llegado a formar a nuestros ojos un conjunto muy típico, sancionado por la tradición, al cual damos el nombre de arte colonial. Como se decía atrás, el sillón frailuno de cuero de Córdoba, característico del austero renacimiento español, el sillón de Amadís de Gaula y de don Quijote, nos parece que hace muy buen juego con estos sofás rojos, de testera dorada y patas de garra de león o de águila, que son la traducción española del mueblaje de los Luises, y aun con los sofás ingleses embutidos y con las altas cómodas con columnas de tipo Imperio que llegaron al país después de la batalla de Boyacá. ¡Pero qué digo! Algunos de nuestros hombres de sociedad asimilan a coloniales aquellos taburetes de óvalo de la época de la reina Victoria de Inglaterra, casi recientemente fallecida.

Los españoles tropezaron en nuestras tierras con una escasez casi radical de elementos para construir casas y muebles; de manera que durante el siglo XVI la pobreza artística colonial fue casi absoluta. En 1543 el licenciado Luis Alonso de Lugo trajo consigo algunos albañiles y carpinteros, que se emplearon en las obras que se adelantaron en la segunda mitad del siglo. Hay que considerar que entre la construcción de la iglesia de la Concepción y la de La Tercera, mediaron doscientos años, durante los cuales no solo las influencias y los gustos se habían modificado sustancialmente, sino que los materiales de construcción habían registrado un insigne progreso, y a los maestros de obra habían sucedido los arquitectos y los artistas. Así, mientras La Concepción levanta en 1583 sus desnudas y gruesas paredes de tapia pisada, y tiene capiteles y cornisas de líneas naturalmente desdibujadas, imitados en estuco o en barro, La Tercera se alza en piedra de sillería; y la portada de la capilla del Sagrario, construída cien años antes que La Tercera y cien años después de la Concepción, es una deliciosa joya de estilo plateresco.

Las casas de habitación de los santaferreños fueron en un principio de solo una planta, y estaban muy deficientemente ilu-



minadas a la luz del día por ventanas cuadradas de reja de madera toscamente labrada. Es grato de cuando en cuando hacer una excursión turística por los barrios de La Candelaria o de Santa Bárbara para ver esas fachadas que se agazapan bajo grandes aleros musgosos y evocar la vida interior que animó esos muros en un tiempo. Un amplio zaguán daba acceso lateralmente a las piezas del frente a la calle, que eran dos generalmente, una sala y una alcoba; y el mismo zaguán comunicaba por el fondo con un corredor ancho, enladrillado a cuadros, que daba sobre un patio sembrado de flores. Frente al trasportón dos arcos de columna de piedra sostenían la caída del techo, que del otro lado se apoyaba en la pared sobre la calle. No tenía arquería el segundo tramo, ni el tercero en donde lo hubiese, sino que allí los techos reposaban, bien sobre paredes, bien sobre arquivadas sostenidos sobre delgadas vigas de madera. No se conocían los cielos rasos, sino que el defectuoso costillaje de varas cuasi-cilíndricas soportaba el techo, y era enladrillado de blanco. La disposición general de las habitaciones era la habitual de las poblaciones españolas: las piezas interiores daban en cuadro sobre el patio, y no recibían luz sino por las puertas, generalmente de tablas aseguradas por gruesos clavos a sus bastidores. No habrá para qué hablar de los servicios. Las cocinas eran de tierra pisada, con un fogón de adobe, generalmente sin chimenea.

Así nació la arquitectura doméstica de los santafereños que después fue modificándose y progresando hasta presentarnos el bello casón hidalgo de los marqueses de San Jorge. Las casas de dos plantas reproducían sobre la segunda, la disposición de la inferior. Allí los arcos de frente al trasportón cruzaban en el extremo izquierdo hasta recostarse sobre el muro de la calle; y bajo el más interior de esos arcos laterales se desarrollaba la escalera de piedra y gruesos pasamanos y barrotes, sobre cuyo descanso se colocaba invariablemente una imagen de San Cristóbal. Las casas altas adquirirían prestancia y carácter y poesía por la adición de elementos que no tenían lugar en las casas bajas. El gran balcón corrido; las ventanas de hierro irregularmente colocadas, como al acaso, en los muros, de diversos tamaños y materiales y amparadas de la lluvia por un pequeño caidizo de teja; la mayor magnitud de la entrada principal sobre la cual, apoyado en pilastras de piedra o de estuco, corría un sencillo entablamiento dórico, y sobre el arquivado lucía el escudo de familia.



Estas construcciones las podemos ver hoy, y todavía a porfía, en algunos sectores tradicionales de la ciudad; lo que no podemos ver es el mueblaje, que se ha dispersado y desaparecido; solo vemos el esqueleto de la ciudad antigua. ¿Cómo estaban distribuidos en los salones, y cómo eran allí arreglados aquellos muebles y objetos de arte que Teresa Cuervo ha reunido en estos salones del museo colonial? ¿Cuál era el ambiente, el conjunto, el aspecto, de la vida doméstica de los abuelos? Los cronistas de la colonia parece como si se hubiesen puesto de acuerdo para negarnos una visión, una entrevisión siquiera, del ambiente interior de la colonia; jamás describen un local interno, y apenas alguno hace referencia incidental a algún objeto de mueblería o adorno. Pero la independencia trajo pocos cambios en el tenor de la vida colonial; y los costumbristas de la segunda mitad del siglo pasado, al evocar los recuerdos de su niñez o las tradiciones orales de su gente, nos han dejado algunas descripciones incidentales de aquellos ambientes.

Vergara y Vergara nos describe el salón de los marqueses de San Jorge, en noche de fiesta de 1813: “La gran sala estaba colgada de tela de seda recogida en profusos pliegues. El mobiliario consistía en tres canapés con prolija obra de talla dorada, y cuyos brazos semejaban culebras que mordían una manzana. Fuera de los canapés había unas cincuenta sillas de brazos, también doradas y forradas como aquellos, de damasco de Filipinas. Del techo colgaban tres grandes cuadros dorados...”. Y más adelante, acerca del refresco: “La mesa, cubierta con un mantel de alemanisco, de resplandeciente blancura, soportaba el enorme peso de los platos de colaciones, las botellas de aloja y los botellones de vino español. Sobre las servilletas dobladas reposaban grandes platos; entre éstos, había platos pequeños; y entre los pequeños, había pozuelos en que hacía visos azules y dorados la espuma de un chocolate que estaba guardado en pastillas hacía ocho años, en grandes arcones de cedro”. Y más adelante agrega: “Olvidaba decir que la vajilla en que se sirvió aquel chocolate de que vengo hablando, era toda de plata de martillo, y que no era prestada. En el fondo de cada plato estaba grabado el blasón de aquella ilustre casa...”. Al mismo escritor debemos esta otra descripción, en su cuadro “El lenguaje de las casas”; “El salón que tiene por subalterno el gran balcón de la calle, tiene la filiación que a continuación se expresa. En las desnudas paredes campean unos grandes cuadros al óleo, y de las vigas, labradas prolijamente, tres guardabrisas y



una araña centenaria en que viven otras ídem, que bajan de las vigas a los retorcidos brazos de cristal de la araña principal... Dos cornucopias empolvadas reposan contra la pared, sobre mesas de pata de águila; y veinte sillones de pata de águila y de león con cuatro canapés de la misma fábrica, forrados en filipichín colorado, completan el mueblaje. En las alcobas hay camas de pabellón de macana que abren sus dos grandes alas sobre las barandillas de tibar; sobre un mesón de cedro reposa un gran crucifijo con potencias de plata, cubierto de polvo. El cuarto llamado del estrado, está tocado de toscas pero vistosas telas de lana, con paisajes y dibujos, las ventanas, lo mismo que las puertas, están ornamentadas con cuadros de madera tallada y dorada. En todos los demás cuartos se ven adornos y muebles por el estilo; escritorios de carey, urnas del Niño Dios, mesas y mesitas de cedro, camas de pabellón, etc.”.

Aquella era una casa aristocrática, y esta otra era una abandonada casa de comerciante. Un ambiente de casa burguesa, de casa “de media”, como aquí se dice, nos lo muestra don Manuel Pombo en estas líneas: “Trasladémonos a una sala amplia y bien esterada, amueblada a la antigua, sin cielo raso ni empapelado, cuyos muros encalados decoraban tres cuadros de nuestro inmortal Vásquez, grande y magnífico el uno, con la figura al natural de San Francisco de Asís, y pequeños y primorosos los otros, representativos de la adoración de los pastores y la huída a Egipto; en uno de los extremos laterales, y en los espacios que en él dejaba la puerta de comunicación con la alcoba, sobre macizas mesas de nogal, se ostentaban dos urnas antiguas, dentro de las cuales, en medio de centenares de dijes y baratijas, aparecía la imagen del Divino Niño, dorada la cabellera, bruñida la cutis y los ojos azules como el cielo. En esta sala, que servía también de pieza de labor, la señora tejía mecha para velas, y en dos tabureticos contrapuestos y sobre el mismo bastidor, Rosaura, etc.”.

Aun cuando no se trate ya de arte, sino para dar idea de la vida de las clases más pobres, aun cuando no obreras, voy a transcribir la descripción del ambiente de un baile a que asistió a principios del siglo pasado don José Caicedo Rojas: “Abrióme al fin una criada hedionda, y entré por un zaguán angosto y oscuro, cuya dirección no podía seguir sino abriendo los brazos, como quien reza la estación. Subí por una escalera hedionda también y alumbrada por un farol que cuando nuevo sería de vidrio,



pero que hoy es de sebo; esta escalera desembocaba en un corredor oscuro, en donde se hallaban varios hombres, unos con capas, otros con capotes, otros en cuerpo, casi todos fumando tabaco y conversando sotto voce; pero todos de buen humor... La sala era espaciosa y la estera, aunque vieja y remendada, la habían barrido aquel día. Los muebles no representaban ninguna época o, por mejor decir, las representaban todas. Había cinco canapés o sofás, de los cuales solo dos eran iguales, fabricados por el maestro Garay; los demás eran de distintas figuras, tamaños, colores y maderas, lo que provenía de que para aquella función había sido necesario traer a la sala los muebles del cuarto de costura, los del estudio de don Antonio, y los taburetes de guadamecil del comedor...".

Volvamos a la Santafé más antigua, y tratemos de localizar, por los monumentos públicos, religiosos y civiles, tres estaciones en el arte colonial. Ibáñez nos dice que "Santafé había mejorado considerablemente en los últimos años del siglo XVI y primeros del siglo XVII. Los habitantes adquirirían más cultura y pulimento: la catedral prestaba servicio diario al coro metropolitano, y servía de tumba, desde 1597, al fundador de la ciudad; ésta contaba entre sus edificios religiosos, al norte de la entonces plaza mayor, a Santo Domingo, San Francisco, La Veracruz, El Humilladero y Las Nieves; al sur a San Agustín, Santa Bárbara y la humilde capilla de Belén; y al occidente, la parroquial de San Victorino y el templo y monasterio de monjas de La Concepción, primero de mujeres que hubo en Bogotá. La beneficencia sostenía el hospital de San Pedro". Don Alfredo Ortega, en su precioso estudio sobre la "Arquitectura en Bogotá", publicado en un número inconseguible de los Anales de Ingeniería hace veinte años, agrega que por ese tiempo estaban en construcción la ermita de Egipto (1556), el primer puente sobre el río San Agustín, y otras obras importantes.

A principios del siglo XVII se construyeron casi todos los templos y capillas que todavía existen en la ciudad. Esa centuria presenció la trascendental llegada de los jesuitas, con quienes vino el arquitecto padre Coluccini, que con Petrés, posterior a él, compartió la responsabilidad de la arquitectura santafereña. Entonces se fundaron los grandes claustros históricos de San Bartolomé y el Rosario, se instaló el hospital de San Juan de Dios en el edificio que ahora estamos demoliendo, se erigió la fuente pública de la plaza principal, que es el pintoresco mono



de la Pila que ahora está en este patio, y se comenzó la Casa de Moneda.

El siglo dieciocho encontró a los santafereños más prósperos y cultos, y el Borbón de España creyó justo ascender su gobierno a virreinato, el cual, con una ligera interrupción, duró un siglo, al iniciarse con don Antonio de la Pedroza y Guerrero en 1717 y terminar con la fuga de don Juan Sámano, en 1819. Los virreyes, desde luego, tenían más posición y dignidad que los presidentes; eran escogidos entre vástagos infanzones de familias patricias, y aun algunos fueron herederos directos de grandes títulos españoles y eran miembros de preclaras órdenes de caballería. Muchos de ellos se dieron el postín que la situación requería, trajeron muebles, cuadros, vajillas, platerías, que son lo que forma el núcleo de nuestros restos de arte colonial. En ese siglo XVIII se construyeron la iglesia de La Peña, la de San Juan de Dios, y en 1723, el edificio del Hospicio.

En estas consideraciones sobre los orígenes y las influencias del arte colonial me he abstenido también deliberadamente de hablar de sus manifestaciones principales, que fueron la pintura y la talla en madera. Esos puntos han sido estudiados a fondo, y con verdadera fortuna, por don José Manuel Groot, por don Lázaro M. Girón, por el inolvidable Roberto Pizano, por Gustavo Santos, por Hernández de Alba, y por varios otros escritores y artistas. He querido principalmente referirme a las artes decorativas que son las que realmente revelan el sentimiento y la costumbre de un pueblo, en la intimidad de su diaria existencia. La figura magna de Gregorio Vásquez, que inventó la pintura tanto como el Giotto, sacando dibujo, colorido, composición, compostura, fabricación de los colores indelebles, ideación de los motivos, todo de su propia y exclusiva imaginación creadora, es tema demasiado grande para estos apuntes. Quiero aquí, sin embargo, afirmar mi admiración por los Figueroas, principalmente por Gaspar, el padre; y mi admiración mayor por Antonio Acero de la Cruz, en quien vive extraña e inexplicablemente, no el sentimiento español, sino el sentimiento italiano de la gran pintura.

Me he detenido principalmente en el mueblaje de las casas y en su propio aspecto; porque creo que aquí se haría una grande obra nacional al estudiar a fondo los elementos del arte colonial, y al procurar un renacimiento de esas formas extinguidas. Se trataría de interpretar en lenguaje moderno, los prin-



cipios que presidieron la construcción española en América, y de adaptar a las necesidades modernas algunos elementos decorativos de las edificaciones santaferneas. En Lima, por ejemplo, se ha creado una escuela de arquitectura y de edilicia, sin local, espontáneamente, que busca conservar a la ciudad de los reyes las líneas generales y los elementos privativos y pintorescos de un período de desarrollo arquitectural que duró tres centurias.

Bogotá se hace una ciudad más fea, cuanto más se desarrolla. No solamente ha perdido su carácter, sino que no ha adquirido ninguno otro, y constituye hoy un informe conglomerado de todos los estilos degenerados del mundo. Es una aglomeración porteña, híbrida y mulata, de viejas casas semiderruidas de la colonia, de prosaicos e insulsos caserones republicanos, de semi-rascacielos americanos, de villas francesas, de chalets que recuerdan vagamente el estilo Tudor, de españolismo californiano de modernos esperpentos variopintos. Aun cuando parece un poco tarde, dado el desenvolvimiento vertiginoso del urbanismo y la construcción en los últimos años, para recoger los pasos y crear una ciudad que pueda permanecer por un día siquiera en el recuerdo de los viajeros, no estaría de más que algún arquitecto ideara para personas de gusto y de hondo sentimiento colombiano, tipos de residencia que siguieran la ley general de las antiguas.

Habría querido hablar con mayor extensión de los muebles y los objetos de uso doméstico; pero van ya muy largas estas cuartillas. El mueble español ha sido siempre bello. Ha sido de solidez arquitectónica, que no cede a la decoración, sino que la incorpora y luce. Las altas sillas de cuero son límpidas en su sencillez y en su lógica; y cuando tapizadas en terciopelo con franjas de oro, adquieren una majestad patricia. La columna salomónica que sucedió a la talla simétrica, es esbelta y florida y rica como elemento de presentación de los muebles. Los bargueños son hermosos y fuertes, en su prolijidad de detalles; ya sea que lleven incrustaciones moriscas, ya sea que, de puro tipo renacentista, ostenten columnillas y pequeños entablamientos de ébano, de carey o de marfil. Bajo el gobierno de los Borbones, los estilos barrocos de los Luises tomaron un carácter especial en España, que es muy típico mueblaje colonial que se despliega en estos salones. Allí aquellos estilos primorosos se hicieron fuertes, sin perder de su gracia; y el reemplazo del oro



por la combinación de rojo, o azul, o verde, y oro, les da mayor viveza por contraste. Lo mismo puede decirse de aquellas flores y elementos decorativos en azul, rosa pálido, con que jaspeaban grandes coloristas los fondos grises de los muebles, bordeados por el oro. Yo espero que este museo colonial, que a mí me consta que es ideación y empeño exclusivos de Teresa Cuervo, ejerza una influencia altamente saludable, desde el punto de vista patriótico y estético, en esta ciudad que por premura llamamos Bogotá simplemente, pero que se llama en el idioma de los grandes amores, Santafé de Bogotá.

Del libro "Conferencias en el Museo Colonial", editado por la Univ. Nal. 1943.



## ARQUITECTURA BOGOTANA

Bogotá, cuya importancia espiritual, política, económica, es tan grande y reconocida, tiene el sustantivo privilegio de ser la ciudad más fea del mundo. Su fealdad no deriva únicamente de las transitorias condiciones en que hoy se encuentra, de aglomeración que se reconstruye, y que en su mayor parte se reconstruye en forma provisional. No se hará aquí mención de las largas tapias que cierran los lotes cuyas edificaciones fueron destruidas el 9 de abril, o en su mayor parte, hechas derribar por los últimos alcaldes, para dar mayor amplitud a las vías públicas; ni se hará demasiado hincapié en las barracas de vidrio que han surgido en forma que ojalá fuese solo emergente, para aprovechar, comercialmente, los lotes de los edificios y casas abatidos.

Ese aspecto de exposición, de feria, de Luna Park, que dan a la ciudad más central los nuevos almacenes, tendrá que desaparecer un día más o menos lejano; digamos dentro de cuarenta u ochenta años. Sucede que con una mínima inversión, dichos locales producen una renta fabulosa; muy poco inferior a la que rendiría un grande edificio de mucho precio; y que, por consiguiente, no será nuestra generación la que vea derribados esos espantajos. Otra generación, sin embargo, descontará esa visión de sus naturales dolores y horrores.

La fealdad de Bogotá proviene de que es, en su conjunto, una ciudad sin carácter de ningún género, una ciudad que en su



progresiva parte moderna podría estar situada en cualquier puerto oriental o suramericano o australiano, sin que nada denuncie al visitante la existencia de una tradición o una manera de ser nacionales en el lugar que ocupan las edificaciones. Cuando se evocan en la memoria las ciudades que se han visto, París, Venecia, Londres, Roma, Budapest, Nueva York, Florencia, Quito, no son precisamente las grandes y excepcionales realizaciones arquitectónicas o edilicias allí existentes lo que nos hace tenerlas muy fijas en nuestro recuerdo; es su aspecto general: una cierta homogeneidad que, al través de las épocas y de los estilos, permanece constante, como expresión de la manera de pensar, de sentir, de un pueblo y de una raza. Así París vuelve a nosotros por sus casas de altura más o menos análoga, de color grisoso que parece prolongarse en la atmósfera, o ser una concreción de ella. Recordamos sus árboles; sus callejuelas irregulares que desembocan sobre grandes espacios abiertos; sus cafés y restaurantes que ocupan una parte de las anchas aceras.

Sería ya un extremo hablar de la tipicidad de Venecia o del Cuzco. Pero la música de Viena; el ladrillo ahumado de las casas de Londres; los frentes triangulares de las ciudades holandesas y flamencas; el sol de la tarde sobre el color crema o rosa de las casas de las ciudades italianas, todo ello es algo que tiene una tipicidad emocionante, y para siempre jamás inolvidable. Bogotá ha sido, desde luego, un sitio siempre modesto como concepción y realización arquitectónica; pero el viajero que la visitó hasta fines del siglo pasado y aun en los primeros lustros del presente, tuvo que llevar del aspecto general de la ciudad un recuerdo individualizable. Bogotá, hasta entonces, fue una personalidad urbana, la expresión de una manera general de apreciar determinados e importantes valores de la vida; había en ella la racionalidad natural de las cosas que son fruto de la vida. Colocada en medio de una inmensa sabana, en donde no existe la imposición de espacio que obligó a los neoyorkinos a construir verticalmente, las casas bogotanas eran amplias; y muchos de sus detalles de construcción correspondían a necesidades auténticas de la vida común. Se dice que Le Corbusier encontró que las ventanas arrodilladas de nuestras casas bajas eran una expresión por demás interesante de estética racionalista.

Hoy, con el proceso indispensable de las demoliciones y de las reconstrucciones, Bogotá ha perdido todo carácter tradicional, sin cobrar uno nuevo cualquiera. Y como las edificaciones



siguen y siguen, como es natural, el aspecto informe de la ciudad no hará sino consolidarse en cada día más inevitables adefesios. Pero si fueran adefesios propios; si fueran adefesios permanentes; si fueran adefesios de alguna correlación. Ello no es así. Las modas que vienen en los catálogos de arquitectura o de materiales de construcción, van sucediéndose. De las más recientes, el estilo floreal, el famoso "Liberty", nos llegó cuando ya no se hacían con él ni kioskos para retretas en ninguna parte del mundo; y casi lo mismo puede decirse del francés-argentino de la "mansarda", muchas veces cubierta de tela metálica. Pero estas cosas son ya pasadas. Ahora se ha establecido un nuevo desideratum, que es el de casas y edificios sin paredes, o sea las actuales cajas de vidrio.

Se ha oído hablar de que existe una escuela racional moderna de arquitectura, y en su nombre y con su invocación se están haciendo esas cosas de ahora, que no tienen forma de nada, que no tienen razón de ser; y que, pasada la "ventolera" del racionalismo, aparecerán a todos inferiores, y mucho inferiores, como concepción y ejecución, al execrable "fin de siglo europeo". Así como no tenía objeto que las ventanas fueran redondas y las puertas ovaladas, tampoco significa una gran prueba de talento, sino todo lo contrario, hacer las paredes de vidrio. Se dice que ello sirve para que entre el sol; para que la casa o la oficina estén como en la calle o como en el potrero. Pero si precisamente las casas se inventaron para no vivir en el potrero, como se estilaba en tiempo de nuestros primeros padres.

El domicilio y la residencia tienen un objeto primordialísimo: sustraer al público, conquistar la vida privada. La vida privada, (a la cual los mismos comunistas han debido dar una amplitud siempre mayor), desde luego que también necesita luz. Y para que entre la luz se inventaron las ventanas y las puertas. Pero no una luz plena, enceguedora, ofensiva, incómoda. El salón, la alcoba, el estudio son por naturaleza de las cosas, por exigencia natural de la vida, ambientes un tanto penumbrosos, en donde se respira un poco de intimidad para la vida familiar y espiritual; y en donde, por otra parte, la luz y la sombra juegan, y en su juego, produzcan aquel efecto estético que da razón de ser al arte de la pintura, y también al de la escultura; y en mayor proporción, al de la arquitectura.

¿Y qué es lo que sucede? En las calles, y en las páginas de construcción y arquitectura que presentan los periódicos, vemos



casas y edificios cuya pared frontal, por lo menos, está constituida por un inmenso vidrio. De manera que la gente que está adentro debería ser vista en todas las varias ocupaciones de la vida familiar o profesional, desde afuera, tal como los sujetos que a veces contratan en las casas de comercio para que se pongan o se quiten un par de ligas en la vidriera del almacén. Como parece, sin embargo, que la abnegación de propietarios e inquilinos de las nuevas cajas de vidrio no alcanza hasta proyectar en la vida diaria la creación del arquitecto que compra revistas, la cuestión de la intimidad y de la paz doméstica se resuelve en la siguiente forma: con una cortina veneciana de latas, o con una gran tela blanca o crema, que impide que luz y miradas indiscretas penetren en la forma como estaba planeado. De manera que lo que se da con una mano se quita con otra mano, por medio de la cortina. Y así se consigue, en forma hasta cierto punto satisfactoria, que el interior preste el servicio que anteriormente prestaron el muro y la ventana. Ahora, cuando hay disturbio callejero, traducido por la piedra, la bala (o el simple granizo) el asunto se hace verdaderamente serio. Porque la gente está generalmente en la casa para no estar en la calle.

Desde que la ciudad de Bogotá empezó a modernizarse, ha sufrido de embelecocos periódicos, los cuales embelecocos, todos juntos, y, además, revueltos, constituyen hoy el más amorfo y bárbaro conglomerado urbano de que haya noticia en las geografías. Nunca fue bella Bogotá; sus edificaciones coloniales fueron pobres en materiales; sus edificaciones republicanas que se caracterizaron por la ventana arrodillada, tampoco tenían mérito. Pero, por lo menos, había una cierta homogeneidad de inspiración en las construcciones; ellas denunciaban ciertas modalidades de la necesidad social, se adecuaban a ciertos materiales autóctonos, respondían a cierto estado del gusto. Se amaba entonces, por ejemplo, la solidez; se amaba la amplitud; se amaba la sencillez. Los espaciosos zaguanes obedecían a la costumbre que tenían las familias de dar limosna en determinados días de la semana; los aleros, en ancha proyección, favorecían a los transeúntes contra las frecuentes lluvias; a los balcones, también fuertemente proyectados al exterior, se asomaban las mujeres en los días de fiesta, y en ellos se colocaban macetas de vivos colores; y ambos adornos ennoblecían las calles. De todos modos, las personas que a fines del siglo pasado o principios del presente visitaban a Bogotá, conservaban el recuerdo de una ciudad



pobre, triste, monótona; pero de una ciudad característica, de una ciudad constituida, de una ciudad de tradiciones propias.

Hoy Bogotá no obedece a ningún criterio ni refleja sentimiento alguno. Es una aglomeración híbrida y mulata, que lo mismo podría surgir cerca de Shanghai o en cualquier rincón del continente negro. Aquí se levantan casas y edificios de todos los estilos, correspondientes a las más diversas y antagónicas necesidades sociales, de que nosotros carecemos. Aquí, por ejemplo, hay casas con mansarda a la vienesa y aun con tejado casi vertical, como los de los países nórdicos; este tipo de tejado, que entre nosotros hacemos con material extranjero, obedece a la necesidad de que la nieve resbale. Por otra parte, tenemos casas con azoteas orientales, o sea con cubierta plana; sin que sea estrictamente indispensable que las gentes tomen el fresco allí en las tardes, dada nuestra temperatura. Pero aquí se creyó un día que el tejado tradicional, el de nuestra excelente teja de barro con inclinación natural para la lluvia, era algo que debía ocultarse como una vergüenza de familia. Y hacia la segunda década de este siglo empezamos a recortar los alares y a elevar sobre su borde una especie de ático que ocultara el tejado. Aquello constituyó el desiderátum de la elegancia y del modernismo en un tiempo; el sujeto que hacía su baranda sin terraza quedaba a paz y salvo con la estética.

Solo como ilustración se mencionan estas ocurrencias del pasado. Después, cuando el estilo Liberty, o fin de siglo, o "art nouveau" estaba arrinconado en Europa, aquí lo entronizamos con todos los honores; y de allí nos provienen las puertas ovaladas, y otras novedades por el estilo. Después vino el que entonces se llamó estilo moderno. Eran casas vario-pintas, pequeñas y adornadas con toda clase de pesadeces cuadrangulares, que se proyectaban como viseras y todavía siguen proyectándose. Me refiero a las corrientes más generales; porque, como decía en nota anterior, ha habido gentes que han hecho su casa de habitación en forma de mezquita. Y ni para qué hablar del gótico normando, ni del español californiano, ni del bretón, ni del vasco. Repito que lo anterior se recuerda en vía de simple ilustración. Se trata de decir que los embelecados vienen y pasan, y las casas quedan, y, además, se envejecen. Y que los propietarios se dan cuenta un poco demasiado tarde de que han hecho una gran bestialidad al invertir su dinero en cosas que no tienen razón de ser.



Ahora tenemos el último embeleco, y que es el peor de todos, en materia de construcciones. Estamos haciendo arquitectura racionalista; o sea el tipo de arquitectura que acaba de pasar de moda en todas las demás partes del mundo. Para el que no sepa qué es una casa racional o racionalista, voy a pintársela: Es una pared externa a fajas de madera, de material y de vidrio. Son esas casas que parecen barracas, y que, sin embargo, no cuestan como barracas. Les ponen unas tablas por fuera, no para guardar nada, ni conservar nada, ni sostener nada, sino para bonito, como antes ponían florones de estuco; y ya se saben lo bonita que se pone la madera después de unos años de intemperie: torcida, quebrada y rucia. Les ponen a las mismas casas unas ventanas horizontales de un solo vidrio del tamaño aproximado de las paredes; ello con el objeto de que la luz entre a torrentes. Pero como estar en una alcoba con luz a torrentes es lo mismo que estar en un potrero, entonces hay que agregar por dentro unos costosísimos listones de lata, unidos por cordones, llamados cortinas venecianas, con el objeto de contrarrestar las propiedades de transparencia exhibicionista del vidrio. Todas estas cosas irracionales son las que responde en los catálogos de los jóvenes arquitectos modernos al nombre de arquitectura racional o racionalista.

No habrán pasado cinco años y estas barracas racionalistas estarán más envejecidas que los ponqués floreales que tuvieron su máxima expresión en la fachada del teatro Faenza. Por ello aparece oportuno prevenir a nuestros ricos, que son tan pobres de espíritu, sobre el hecho de que los están “descrestando” los arquitectos.

Jardín de Cándido. “El Tiempo”, agosto 1951.



## ESPECIALIZACION Y HUMANIDADES

Discurso en la graduación de bachilleres del Colegio Santiago Pérez. 1955.

Esta asociación de padres, hijos y maestros que aquí se reúne en ciertas fechas, reviste hoy un carácter particularmente emocionante. A más de la clausura de una etapa de sus estudios a que llega con justificado orgullo cada uno de los estudian-



tes de los diversos años lectivos, hoy celebra su graduación de bachilleres. Y todos acompañamos con una satisfacción íntima el espléndido triunfo de estos jóvenes alumnos, que es también un triunfo del instituto y que es también un triunfo de los padres y madres de los educandos. Los condiscípulos de nuestros hijos, son también un poco hijos nuestros. Su amistad y su compañerismo nos emociona y nos conforta. Pensar que estos muchachos formarán, al través de la vida, una solidaridad efectiva indestructible; que estarán presentes en los momentos de regocijo y de dolor de los otros; que colaborarán naturalmente en las más diversas empresas de honor y de servicio, es algo que para nosotros representa un caudal de profundas sensaciones. Nos parece no haber vivido en vano, porque hemos contribuído en alguna forma a perpetuar la sociedad nacional; porque, antes de desaparecer, nos hemos prolongado en la continuidad perenne de la patria.

Celebramos pues con un estremecimiento familiar el regocijo de los jóvenes bachilleres y la conmoción de sus padres y la satisfacción de sus maestros. Este será un día inolvidable para los muchachos que dejan este claustro amable para enfrentarse a los estudios universitarios, y después a la faena de la vida. Y yo quiero decirles a los graduados y a sus compañeros, que la etapa más importante de su formación para la vida es esta del bachillerato. Lo que siga después en el orden de los estudios, y de las experiencias intelectuales, tendrá un poco del carácter de especialización, y tenderá en alguna forma a la unilateralidad mental, en tanto que el bachillerato es una visión universal, una presentación de conjunto, un panorama desinteresado y amplísimo de lo humano conocible. No tiene un objeto práctico determinado: es insuficiente para habilitar al estudiante a ganarse la vida en cualquier campo específico de la actividad social, como sería por ejemplo, el de los números o el de las ciencias naturales; pero constituye el conjunto de nociones que nos entera de la complejidad del universo, y nos permite encuadrar la propia vocación en el vasto y enrevesado tablero de la inteligencia y de la actividad social. Estos muchachos serán mañana médicos, serán ingenieros, serán abogados, serán hombres de espada o de comercio o de industria; serán, en una palabra, hombres especializados; pero sabrán, por la experiencia del bachillerato, que su profesión no puede ser exclusiva ni excluyente; que hay otras actividades de la mente y hay otros departamentos de la acción igualmente interesantes para el progreso de la sociedad; que



solo de la cooperación espontánea de los diversos aspectos del conocimiento, deriva la verdadera cultura, que ilustra, ennoblece y hace próspero a un pueblo.

Aquí, en este colegio, en estos cursos del bachillerato, han podido ver los jóvenes alumnos que el conocimiento se divide en tres núcleos principales: el de las ciencias naturales, el de los estudios sociales y el de las humanidades. Cada uno de los estudiantes ha adquirido o está adquiriendo las nociones fundamentales de estos departamentos del saber, y pasará luego a los institutos superiores a perfeccionarse en alguna de esas ramas. El estudio de las ciencias naturales busca entender nuestro medio físico, para establecer una adecuada relación con él. La física, la química, la botánica, la zoología, la geología, todas aquellas disciplinas que hacen relación a la naturaleza circunstante, han permitido que al través de la observación sistemática el hombre descubra las principales leyes que presiden los fenómenos físicos, y haya podido dominar y poner al servicio de la sociedad las fuerzas en un tiempo desencadenadas, bárbaras y trágicas de la naturaleza.

El estudio de las ciencias sociales se orienta hacia la comprensión de nuestro ambiente social, para establecer una relación con los hombres reunidos en sociedad; y no solo con la sociedad local sino con la sociedad nacional y la sociedad universal; ni tampoco solo con la sociedad presente, sino con la sociedad histórica y con la entrevisible sociedad futura. A este género de disciplina pertenecen, por ejemplo, la historia, la geografía, la cívica, la sociología. Finalmente, el propósito de las humanidades es habilitar al hombre para entenderse a sí mismo; es decir en relación con sus íntimas aspiraciones y sus obsesivas inhibiciones y sus impulsos ideales. La religión, la filosofía, la moral, la psicología, la literatura, son disciplinas que ponen al hombre delante de sí mismo.

Estos tres núcleos de conocimientos integran el panorama de las ciencias, y ciertamente representan un maravilloso esfuerzo progresivo del espíritu humano. Pero no hay que confiar solamente, jóvenes alumnos, en el avance de las ciencias como instrumento de perfección humana. Las ciencias tienen sus limitaciones y tienen sus vacíos. Se creyó en un tiempo, particularmente en el siglo pasado, que el estudio de las ciencias nos daría los medios suficientes para convivir con la naturaleza, con



la sociedad y con nosotros mismos. Hoy se ha visto que si la ciencia no está asistida por la moral, es inútil como instrumento de perfección humana, y puede ser funesta, por la capacidad de destrucción que pone en manos de los hombres. No es el momento aquí de tratar de plantear los problemas que el dominio de las fuerzas naturales por la ciencia, crea al hombre contemporáneo; ni de decir cómo el aumento de bienestar personal, logrado por las aplicaciones prácticas de principios descubiertos, ha complicado tremendamente las vidas de los hombres y ha creado nuevas fuentes de tormento, como son la velocidad, el ruido, los accidentes, las enfermedades profesionales y las nerviosas. El hombre moderno, aún en lo que respecta a la felicidad material, es menos feliz que el hombre de otros tiempos.

Y en cuanto a la pretensión de que el avance del conocimiento pudiera darnos una nueva clave del destino humano y suplantarse la creencia en lo sobrenatural, ha sido estruendoso el fracaso de la ilusión científica que alboreó en el siglo XVIII con los enciclopedistas, y que tan imponente desarrollo alcanzó en la última mitad de la pasada centuria. En la escala de Jacob de los principios, la ciencia ha llegado al segundo, al tercer escalón, y allí se ha detenido; a la tercera pregunta que por las causas hace un niño, no hay sabio que responda; y para absolver el tremendo interrogante solo existe hoy una voz, que es la misma del alba de la historia: la voz de la conciencia.

Sería igualmente interesante, inquirir hasta dónde el dón de acuidad mental que confieren las humanidades ha capacitado al hombre para conocerse a sí mismo y para dominar sus instintos primitivos. La reciente historia parece decirnos que el hombre culto de hoy es más feroz que el druida elemental de la prehistoria. Pero acaso el daño esté, no en el humanismo moderno, sino en el reemplazo del humanismo por la especialización. El químico sapiente descubre nuevos y más tremendos explosivos, que podrían servir para volcar montañas sobre los abismos y crear nuevos terrenos de cultivo; pero como es especialista, no se ocupa sino en su especialidad; y no encuentra objeción a que su invento sirva para segar millares y millares de vidas inocentes y destruir y arrasar las más excelsas culminaciones de la cultura humana.

No. Las humanidades, estos grupos de conocimientos universales que se adquieren en el bachillerato, pueden llenar una



función mental superior, si ellas nos sirven para hacernos conscientes de nuestras limitaciones humanas; si ellas nos dan una especie de estadística del nacimiento y de la muerte de las verdades: si ellas nos hacen humildes y dan una razón de ser intelectual a la creencia sencilla, de las humanidades habremos aprendido la mejor lección de la vida, la lección de la relatividad, de la tolerancia, de la benevolencia, de la convivencia, de la buena disposición universal hacia los seres y las cosas.

Si la educación no ha de servirnos para ayudarnos a admirar, noblemente, a discernir imparcialmente, a compadecer generosamente, y en todo caso, a comprender liberalmente los motivos humanos; si la educación no ha de servirnos para hacernos suspender el juicio sobre fenómenos, actos y teorías que nos parezcan extraños y chocantes con nuestro pensamiento habitual, mientras no alleguemos suficientes elementos de dato, de juicio y de convicción para juzgarlos; si la educación no ha de servirnos para elevar el espíritu sobre la pasión, sobre el interés y sobre el prejuicio; si la educación no ha de servir para hacer de nosotros hombres civilizados, entonces parecería inútil e inhumano todo ese casi abrumador esfuerzo que se nos hace cumplir, durante años y años, en los bancos escolásticos. Yo he sido, como vosotros, estudiante; en realidad, no he sido otra cosa, al través de los años y de las vicisitudes. Pero de mis años de claustro, conservo un duro recuerdo. Recuerdo del sueño que embobaba los párpados, a la luz de la lámpara, sobre el cuaderno abierto; recuerdo del contar el paso de las horas, en la inevitable rutina de la disciplina, en la irremediable monotonía de los días iguales, de las escenas iguales; recuerdo casi trágico de las vísperas de exámenes, con su incertidumbre, con su sobresalto, con su angustia indecibles; recuerdo del contraste entre las nociones secas, glaciales, aparentemente inertes de los textos, y aquel mundo vivo de ansias, de imaginaciones, de ensueños que tienden a arrancarnos de la atención por la tarea cotidiana y a perdernos en la vastedad entrevista y maravillante de las cosas del mundo.

Hay por ello qué aprender, como primera y elemental enseñanza de la escuela, a situar el verdadero valor de los estudios, que nos exigen, en edad tan temprana, tan penoso y dilatado esfuerzo; hay que aprender a traducir en términos de vida, las nociones intelectuales, el acopio de datos eruditos, aparentemente inservibles para la existencia práctica. Qué me interesa



saber, me preguntaba yo, mientras difícilmente trataba de incorporar a mi memoria la lista milenaria de los reyes de Francia, en qué empezó y en qué año terminó el reinado de Chilperico, quién lo antecedió y quién le sucedió en el trono? ¿Qué me interesa saber en dónde nace tal o cual afluente de algún río de Sumatra y cómo se presume que fue formado hace millones de millones de años el régimen orográfico de aquella península? ¿Qué me interesa saber si Dante escribió la Divina Comedia antes o después del Convivio o del tratado de La Monarquía? A menos que uno fuese a ser profesor de historia o de geografía o de literatura italiana, o un pedante profesional, aquellos conocimientos, que tanto desgaste y tanta vigilia cuestan, serán nulos y baldíos. Y si su olvido repentino ha de traducirse en una reprobación en los exámenes, aquéllo aparece aún más absurdo e inhumano. Esta es una reacción explícita o nublada en el estudiante y que el profesor, si es un maestro, debe prevenir en él, con una explicación sencilla. No. Efectivamente, estos conocimientos de crucigrama valen poco por sí mismos. Pero tienen dos razones de ser fundamentales e indispensables en la vida. En primer lugar, representan una gimnasia de la inteligencia y otras facultades, como la atención, la disciplina, la memoria. El ciclista, el boxeador, el tennista, no sabrían decir cuál movimiento de brazo o de piernas, mientras practica sus ejercicios físicos por enteros años preparatorios, ha contribuido mejor a sus triunfos posteriores. Cada contracción y distensión de músculos, si practicada una vez o pocas veces o esporádicamente, sería movimiento inútil y aún un poco cómico. Lo que se busca en aquellos ejercicios metódicos y prolongados es hacerse un hombre fuerte, sano, ágil y diestro; y nadie que no los haya practicado larga y sistemáticamente —yo por ejemplo— podría aventurarse a competir en un torneo atlético.

Esta noción, como disciplina, es inseparable de todo grande empeño. Pero espiritualmente, tiene un valor más alto y significativo. El nombre de Chilperico, modesta figura del bajo medio evo, dato de escasa importancia casuística, puede y debe revelarnos un universo intelectual y moral, que tiene que ver estrechamente con nuestro pensamiento y con nuestra conducta: el universo de la historia. Los tiempos y las costumbres y las ideas ambientales, cambian; las dinastías se extinguen; las formas de gobierno se transforman; nadie puede pensar que las ideas de la asociación política y bienestar social que en un tiem-



po tuvieron carácter dogmático, tengan validez para los tiempos sucesivos; fueron dolorosa y miserablemente perdidas todas las violencias y asolaciones conducidas por los príncipes para eternizar un sistema de opresión política y prolongar su imperio más allá de la resignación y la ignorancia de su tiempo. Y análogamente, toda noción geográfica nos hará ver que humanidad y cultura son varias en el espacio como lo son en el tiempo; y que no podemos erigir las ideas aceptadas en nuestra aldea como medida y definición del universo. Y esto para no hablar de la geología, que cuenta la formación de los estratos de la tierra por miles y miles de siglos; ni de la astronomía, que mensura la distancia entre nuestro pequeño planeta y las demás estrellas alcanzables con la lente, por miles y millones de años-luz; ni de la bacteriología que nos enseña que en una gota de agua puede habitar una población de seres con vida y conducta, infinidad de veces más numerosa que la presente población del mundo. El solo asomarse a este panorama del conocimiento, nos hace ver la relatividad de todo y nos enseña la lección fundamental del hombre civilizado, que es la lección de la comprensión y de la tolerancia.

Afortunadamente, jóvenes bachilleres y jóvenes alumnos, formáis parte de un colegio, este colegio Santiago Pérez de Bogotá, que no es un simple centro instructivo, sino un gran centro educativo. Vuestro rector es un historiador, un artista, un literato, un humanista, que a su joven edad ha impreso con sus investigaciones originales y sus obras disertadas, huella que no ha de borrarse en la cultura colombiana; y no es ello solo. Guillermo Hernández de Alba, como su hermano Gregorio, es un ejemplo de humanidad exigente consigo misma, y para quien la adquisición de la alta situación que ocupa en la vida colombiana, ha representado una tenaz, una brava, una silenciosa, una épica lucha. Todo lo debe a su propio y personal esfuerzo y su sola presencia en frente a vosotros representa una cátedra de energía moral. Y este colegio se fundó por hombres enamorados de la cultura y de la patria, para reanudar la trayectoria iluminada de otro colegio que por lustros regentó en el siglo pasado aquel gran héroe de la civilidad que fue Santiago Pérez.

Aquel varón austero y grave, aquel repúblico ejemplar, aquel cristiano auténtico, aquel humanista consumado, aquel hombre liberal por excelencia, no pensó ni dijo nunca nada que no fuera sabio, valeroso y elegante y que no estuviera respaldado por la



autoridad indeclinable de su vida. Fue toda su existencia un maestro, así regentara un colegio, así se enfrentara a la prensa contra la dictadura, así se alzara a hablar en una academia, así conociera los altos honores republicanos, así se opusiera resueltamente a la obnubilación de los propios amigos, así saboreara, proscrito y perseguido como Aristides, las consecuencias de su probidad incorruptible. Magister es palabra latina que indica superioridad natural y de donde derivan por igual nuestros vocablos maestro y magistrado; y Santiago Pérez llevó un día a la magistratura primera de Colombia su dignidad consubstancial de educador, y fue maestro resplandeciente de decoro, de libertad y democracia. El doctor Eduardo Rodríguez Piñeres, el ciudadano más respetable de la Colombia contemporánea, ha consagrado páginas admirables de su pluma severa, a investigar, rememorar y exaltar la vida y la obra de Santiago Pérez; y yo invito a mis jóvenes oyentes a leer y releer esa suerte de Summa de la vida republicana.

Jóvenes bachilleres y jóvenes alumnos del Colegio Santiago Pérez. Es para mi excesiva fortuna poder asociar, por invitación generosa del ilustre rector, mi voz opaca al recuerdo de un día que permanecerá indeleble en vuestros corazones. Y yo quiero aprovechar esta circunstancia bienvenida para dejaros un mensaje angustiado. Colombia, que ha sido, por la naturaleza de su destino histórico, un país de justicia, de tolerancia, de equidad, de convivencia, atraviesa una etapa de oscurecimiento de conciencia, en donde van desdibujándose y perdiéndose día por día las nociones y hábitos que la hicieron grande: el respeto por la persona humana, el culto de la ley, la fe en las soluciones de la inteligencia, el sentimiento de la dignidad de los actos humanos, la emoción de la solidaridad nacional. A vosotros que sois jóvenes, que habéis tenido el privilegio de educaros, que tenéis frescas en vuestros espíritus las nobles enseñanzas recibidas; a vosotros que empezáis a ser los dirigentes natos de la etapa que sigue en la evolución histórica de la nacionalidad, corresponde restablecer la patria a la dignidad de su cultura y a la conciencia de su humanidad. Que no siga desmoronándose esta construcción espléndida a la cual vuestros abuelos en todas las generaciones y en los más variados campos de la actividad, aportaron su labor, su ideal y su ensueño. Todos estos valores que tanto hemos amado son de todos nosotros, sin distinción ninguna; es el patrimonio común, es la patria de todos. La enseñanza



que habéis recibido no sea para vosotros vana información ni simple medio de ganarse la vida, sino que se transforme en sabiduría.

“El Tiempo”, noviembre 1955.



## REFLEXIONES SOBRE EL CAMPO

Desde la ventana a cuya luz escribo, veo trabajar los peones en el campo. Ellos no saben que los estoy mirando, y trabajan según su propia intuición autóctona de la economía nacional y de la filosofía de la vida. Dos de ellos levantan el azadón en un ritmo sosegado, como si se hallaran en la sala de un museo de porcelanas, y temieran, al dejarlo caer sobre el suelo, causar algún daño en el recinto. Otro se ha sentado, y examina su herramienta, con la cuidadosa observación de un relojero, para cerciorarse de si tiene algún daño. Dos más han suspendido su trabajo, en una suerte de huelga de solidaridad, se han acercado al observador sentado y departen con él acerca de la mejor manera de restablecer firmemente a su lado el laxo ojo de la garlancha; de los solidarios, uno de ellos se aleja al matorral vecino, para buscar con detenimiento técnico la astilla que pueda servir de cuña a la herramienta del compañero. Cuando regresa, es hora del refrigerio; y los cinco se dirigen lentamente hacia un árbol un tanto lejano, en una de cuyas ramas bajas está colgado el calabazo de la chicha. A este ritmo sereno procede la jornada. Solo un momento de apresuramiento rompe la armonía de esta escena bucólica. Los campesinos de la sabana conocen el reloj de la tarde con una exactitud perfecta. Un cuarto de hora antes de las cinco se nota entre ellos un revuelo de actividad inusitada: recogen las ruanas, los calabazos, las mochilas; echan la herramienta al hombro, y empiezan a caminar hacia los bohíos. Desde mi ventana los miro pasar, uno tras otro, por el filo de la colina. Hay en ellos una belleza geórgica, que me recuerda pasajes aromosos de los poetas latinos. El labriego con la azada al hombro hace surgir en la mente todos los símbolos de la vida fecunda y venturosa.

Yo me represento la agricultura como una alcancía nacional. En ella se almacena lentamente el mínimo esfuerzo económico y técnico y muscular de los campesinos, patronos y labrie-



gos, esfuerzo que por pequeño que sea, de allí no sale sino muy difícilmente. Casi todo el esfuerzo del hombre y de la tierra quedan, si no al hombre que labora los surcos, a lo menos al surco que recoge los golpes de azada. La tierra se enriquece con las mejoras y la extensión de los cultivos más de lo que se empobrece en jugos nutricios; y aquí está la única plus valía nacional que no se dilapida, sino que se conserva y aumenta por sí misma, sin sacar nada de los bolsillos de los demás. Es lento ese acrecimiento, pero es el único verdadero y estable; porque se paga con la vida, que es dón que se renueva gratuitamente con cada generación de campesinos, ya se llamen hacendados o trabajadores rurales.

El hombre que en la adolescencia se establece en un pedregal de valor nominal de dos mil pesos; en un pedazo de tierra cubierto de montaña o de maraña, en donde antes jamás se había producido ningún fruto comerciable, ese hombre deja al morir un capital de diez o veinte mil pesos, representado en una finca creada y productiva. Ha valorizado cinco o diez veces un capital pequeño, de cuyo sucesivo incremento no extrajo sino la satisfacción de las necesidades elementales de la vida; pero ha creado un capital tangible para la sociedad y para la posteridad. Ese capital producirá renta a los herederos, o a quien lo reciba a título gratuito, o a quien lo compre con dineros procedentes de actividades diferentes de la agrícola. Su valor es el de una o varias existencias consumidas en su creación. No consumidas trágicamente, como las de los mudos socavones de las minas; ni inmoladas al Moloch de la industria; ni susceptibles de servir de sujeto a un reivindicador canto revolucionario; sino vidas humanas consumidas literal e inadvertidamente, como se consume la cera de una bujía.

La agricultura es la vocación, la ciencia y el arte de la reinversión total. Su escasísima productividad no consiente la distracción de un centavo para fines que no sean estrictamente agrícolas. En todos los demás negocios se lleva una contabilidad racional y humana, según la cual, antes de distribuir el dividendo, se acuerda un interés al capital invertido; se remunera el trabajo de la iniciativa, de la organización, de la dirección; se apartan reservas para casos imprevistos, para desgastes, para prestaciones sociales; se lleva una porción periódica de las ganancias al aumento del capital social, que permita desarrollos y ensanches de la empresa.



La contabilidad del campesino no se lleva en libros, porque es demasiado sencilla; todo el producto bruto del campo se reinvierte en el campo, por una costumbre que nace de la necesidad inveterada. El negocio del campo tiene demasiados enemigos incontrolables: la sequía, la lluvia, los insectos, los vientos, las enfermedades vegetales, el mínimo rendimiento del trabajador labriego, el robo consuetudinario, los intereses monstruosos, los transportes, las oscilaciones en el valor de la moneda, y tantos otros.

La utilidad económica del campo, tomando un año con otro, es mínima, aun cuando, tomando también un año con otro, sea segura; y no consiste el desperdicio de remunerar el trabajo, ni menos los trajes, o drogas o diversiones. Lo que produce una buena cosecha apenas alcanza para sembrar la siguiente, y para hacer algo más que es indispensable, urgente, de plazo vencido; amortizar la pérdida de la anterior, remendar la cerca, construir un trecho de la acequia, desmontar el matorral vecino, comprar el insecticida o la vacuna, adquirir el animal de trabajo. La economía, el ahorro, son impuestos por la necesidad inaplazable; y ese ahorro que representa una defraudación permanente al derecho a la vida, es ahorro que es la verdadera y auténtica privación de que hablaban los economistas, queda representado, cuando no se pierde, en el fundo. El único ciudadano que produce y no consume es el agricultor; todos sus bienes están representados en instrumentos de producción y no en objetos de consumo. La agricultura, no obstante su mísera productividad, y acaso por ello, es la alcancía nacional.

Pocos se dan cuenta del motivo del fracaso de las parcelaciones de tierras que han emprendido el gobierno y algunas entidades semioficiales. La agricultura produce un rendimiento mínimo. En la Argentina, ejemplo de países prósperos por la labor agrícola, se calcula que de diez cosechas sucesivas tres son abundantes, tres medianas, una apenas retribuye los gastos, y tres se pierden. Allí, en donde la experiencia secular del campesino europeo ha topado, en zona templada que no destruye su organismo ni su moral, con la más prodigiosa capa vegetal del mundo; allí se calcula también que, un año con otro, la agricultura produce el cinco por ciento del capital invertido. Nosotros no tenemos datos estadísticos sobre la productividad agrícola, pero si la calculamos en uno por ciento, acaso pequemos de optimismo. En cuanto el interés del dinero pase del uno por cien-



to, el parcelatario se arruina. Pero no es esto solo. Ni aún sin interés, ni aún a los más amplios plazos, puede comprar la tierra el campesino, en cuanto se proponga pagarla con los productos de su fundo. Todo negocio debería dar para vivir, y para producir; pero en los negocios muy pequeños la vida, por miserable que sea, absorbe toda la ganancia.

Si el campesino comprara quinientas hectáreas, y pudiera cultivarlas, el rendimiento de su esfuerzo, por pequeño que fuese en proporción, excedería de sus necesidades vitales, podría destinarse al pago gradual del capital, y en un préstamo sin interés, haría pasar el interés no pagado a su haber. Pero el campesino compra una parcela muy pequeña y completamente inculta; el trabajo de las generaciones no se ha acumulado, gota a gota, en ella; su lento esfuerzo, aplicado a tan pequeño y desolado territorio, apenas le da para las necesidades someras de la existencia. Al llegarse los primeros plazos, el campesino, esperando en el porvenir, paga la cuota con dineros ajenos a su trabajo, generalmente tomados en préstamos a intereses usuarios; más tarde, tiene que optar por uno de dos caminos: o pagar la cuota, o comer. Naturalmente opta por el segundo camino, y no vuelve a pagar jamás; y para explicar su conducta, dice que se ha vuelto comunista. El Estado acreedor, desde luego, no lo desahucia, ni lo lanza, porque es un Estado democrático. Sino que, con dinero de los demás campesinos, no parcelatarios, y por cuenta de ellos, le hace el regalo de la tierra.

No, no es que el campesino se haya vuelto comunista. El comunismo es un eufemismo. Es que no se puede comer de la tierra y pagar la tierra a un mismo tiempo. La agricultura no da para pagar el precio de la tierra, cualquiera que él sea; y por ello los campesinos nuestros prefieren las "colonizaciones" a las parcelaciones. Ser colono quiere decir establecerse sin costo en tierra poseída y cultivada por otros. Esta es una de las dos maneras de vivir de la agricultura. La otra es la que nuestros ricos comerciantes y bolsistas han adoptado en estos días de desarreglo en los despachos y transportes internacionales. Consiste en pagar en cien mil, en doscientos mil, en quinientos mil pesos, una alcancía de generaciones.

La hacienda de doscientos mil pesos costó un poco de papel sellado a uno de nuestros primeros repúblicos; un propietario sucesivo la cercó, le hizo casa, le construyó una acequia, la cul-



tivó en parte, y la vendió en quiebra; otro propietario sucesivo incorporó su vida y las de algunos de sus hijos a la creación de un emporio; vivió en calzoncillos, sin comer en mantel, sin ver teatro, sin leer periódicos, reinvertiendo en mejoras la producción progresiva; el nieto educado en Europa es el que ha vaciado la alcancía de las generaciones, y ha vendido en doscientos mil pesos la finca al bolsista afortunado. Y el dinero recibido, aun cuando aparezca cuantioso, representa una calaverada por parte del vendedor. Si él hiciera cuenta de las cosechas perdidas desde la fundación, de las experiencias fracasadas, de los errores cometidos, de los valores destruidos y varias veces reemplazados, cercas, acequias, etc., de los gastos de administración no pagados, para conducir la finca a su actual grado de florecimiento, hallaría que el lucro cesante de las generaciones equivale a un valor incomparablemente más alto. En todo caso, al través de más de un siglo, se ha creado de la tierra un valor de doscientos mil pesos; la sociedad se ha enriquecido en doscientos mil pesos; sólo que los que crearon el valor al precio de sus vidas, no fueron quienes lo consumieron; y porque no lo consumieron pudieron legarlo a la colectividad.

Empresa que requiere tan larga acumulación de vidas para hacerse productiva, no es empresa que pueda distribuir, en su proceso normal, utilidad alguna al través del salario. Si una hacienda, aparentemente, produce mucho, es porque ha costado mucho; es porque ha costado, en existencias invertidas, diez veces más que otro capital comercial, industrial, bancario, profesional, que produzca idéntico rendimiento monetario. Un jornal que en ciertas regiones de nuestro país exceda de treinta centavos, que en otras exceda de setenta centavos, que en otros lugares privilegiados exceda de un peso, significaría la ruina económica de la empresa agrícola; podría concederse, pero a costa de comerse la empresa y la proporción del salario no mejora, cualquiera que sea, antes o después, el precio de la moneda.

Es así como Belisario, uno de los lentos peones que he estado mirando desde mi ventana rural, lleva una vida indeseable, por encantadoramente geórgica que aparezca a mis ojos, por resignadamente normal que aparezca a los suyos. Belisario no es comunista. Belisario es un labriego privilegiado, porque yo me he empeñado en la tarea de fundar una finca dedicada al tiempo, como la obra de Esquilo, y como la del señor Contreras, mi vecino; y Belisario vive de mi vida mortal, succiona la san-



gre de mis venas. Quiero decir que yo le doy trabajo permanente, y he hecho el milagro de pagárselo hasta el momento; lo cual es un hallazgo para nuestra clase labriega. El trabajador agrícola no consigue trabajo sino esporádicamente en las fincas fundadas; en los días en que se ara y se siembra; muchas semanas después, en los días en que se desyerba; muchas semanas más tarde, en los días en que se recoge la cosecha. Belisario, en cambio, ha tenido durante varios años trabajo permanente en mi predio, en donde vive y siembra gratuitamente; y es por ello envidiable y envidiado.

Veinticinco días hábiles tiene el mes; los demás son días feriados. Los cuatro domingos y la fiesta religiosa o civil son prolongados por cinco días de descanso forzado; los campesinos no vienen al trabajo el día lunes, o su equivalente, porque materialmente no pueden vencer la postración del fin de fiesta. De manera que Belisario trabaja veinte días al mes, y gana setenta centavos de jornal, o sea catorce pesos mensuales. Tiene una mujer, que yo le conozca, cinco hijos pequeños, una hermana, un perro y un cerdo. Con catorce pesos tiene que vivir esa familia durante treinta días mortales; el alojamiento, por ser un privilegiado de la suerte, no le cuesta nada a Belisario; pero con catorce pesos tienen que comer siete seres vivientes durante treinta días; y cinco tienen que vestirse, educarse, medicinarse, divertirse, capitalizar y progresar. Este es el problema económico de la vida rural colombiana; porque, por otra parte, el jornal de setenta centavos que gana Belisario, representa para el fundo veinte y treinta centavos de trabajo siquiera relativamente eficaz.

Belisario, como todos los campesinos de la sabana, duerme con su gente sobre el suelo de tierra pisada, en un decaído rancho pajizo de vara en tierra, todos con los harapos que llevaron durante la jornada y que solo se cambian cuando literalmente se les desprenden del cuerpo. A medio día comen, seres humanos y animales domésticos, una misma especie de mazamorra con coles. El resto de su alimentación lo constituye la chicha, que toman constantemente durante la jornada, como si fuera agua; bebida con la cual se familiariza el niño desde sus primeros días. Carne, leche, huevos, verdura, fruta, pan, apenas los conocen de vista. No sé si la chicha conserve al través de tan extremo grado de putrefacción de la materia, algún resto de poder nutritivo; sobre ese punto se ha discutido mucho; pero lo cierto es



que ese tóxico da al campesino de la sabana una sensación de que se alimenta; calma el hambre, al anestesiar el intestino, calienta el organismo; y sume gradualmente al individuo en un estado de lasitud crepuscular, que al fin de la jornada culmina en un estado mental de budismo integral, de indiferencia al bien y al mal, de ausencia de todos los motivos de dolor que están implícitos en los estados de conciencia.

La chicha es para los campesinos no solamente la única alimentación, sino también la única diversión y la única liberación. No opino si sería conveniente o inconveniente, justo o injusto, humano o inhumano, suprimir ese licor inmundo de la vida del labriego de la sabana; solamente lo creo muy difícil dentro de la generación actualmente viviente, y problemático en cualquier tiempo, mientras subsista el círculo vicioso de la agricultura. Si nosotros, quienes nos consideramos seres inteligentes, instruidos, morales, responsables, dotados de facultades inhibitorias, sabemos y sentimos que el cigarrillo nos hace daño, y sin embargo seguimos fumando; y si los médicos que conocen las características y el proceso de la intoxicación nicotínica, son los que más fuman; si ello es así, ¿cómo puede concebir ninguno que una ordenanza termine con el consumo de chicha en los departamentos del interior de la república? Cabría, de paso, advertir que las monstruosas cifras estadísticas que los diarios publican con frecuencia, relativas al consumo de chicha, apenas son una parte de la realidad. El contrabando de la chicha es universal, tranquilo, imperturbado; existe una conciencia general de que esa suerte de fraude a las rentas no es un delito ni una falta siquiera; y de cada tres ranchos campesinos hay uno en donde se fabrica el licor para el consumo usual, sin dar cuenta a los oficiales de estadística de las rentas departamentales. Suprimida legalmente la chicha, seguiría, aumentando, el contrabando.

Estas observaciones no versan con los días sábados y domingos, que son los del consumo público en las ventas. Son esos días feriados aquellos en que el fisco departamental da cuenta de siete por lo menos de los catorce pesos mensuales que gana el privilegiado Belisario. Son esos también los días de las amigables controversias a piedra entre compañeros; los de la indefectible paliza a la consorte; los causantes del estado comatoso del día siguiente. El más chico de los hijos de Belisario no necesita advertencia taxativa. En la mañana del lunes se presenta



con la razón de siempre: “Que mi papá no pudo venir, porque amaneció con el ‘romatís’ ”.

¿Cómo romper el círculo vicioso de la vida rural? El campesino no trabaja porque no gana; la tierra no produce porque el campesino no trabaja. Seis o siete millones de colombianos viven en condiciones peores que las de Belisario; no son ciudadanos y apenas parecen seres humanos; no forman opinión pública; no participan para nada en el dividendo económico, cultural, moral, patriótico, de la nación. La situación de nuestra clase labriega clama al cielo, sin que pueda decirse que sea una situación inmerecida; sin que pueda afirmarse que existe un desequilibrio entre la remuneración del trabajo y el esfuerzo del trabajador. La vida en el campo lleva a apreciar este problema, que el hombre de la ciudad apenas sospecha.

“Sábado”, julio 1943.

